

LA REPÚBLICA  
DE OTOÑO  
BRIAN McCLELLAN

LOS MAGOS DE LA PÓLVORA

Traducción: Federico Cristante



# Capítulo



**E**l mariscal de campo Tamas se encontraba en las ruinas de la catedral Kresim de Adopest.

Lo que alguna vez había sido un magnífico edificio con agujas doradas que se elevaban majestuosamente por encima de los edificios aledaños ahora era una pila de escombros bajo el escrutinio de un pequeño ejército de albañiles en busca de mármol y piedra caliza reutilizables. Los pájaros que habían construido sus nidos en aquellas agujas ahora sobrevolaban el lugar sin rumbo fijo mientras Tamas inspeccionaba las ruinas bajo la luz del sol matutino.

Tal destrucción había sido provocada por hechicería elemental privilegiada. Las dovelas de granito habían sido rebanadas casi con indiferencia, y algunos sectores de la catedral habían sido derretidos por completo por un fuego más caliente que el interior de cualquier forja. A Tamas, la escena le revolvió el estómago.

—Parece peor desde lejos —dijo Olem. Se encontraba junto a Tamas con una mano apoyada sobre la culata de la pistola que llevaba debajo del abrigo, paseando la mirada por las calles en busca de patrullas brudanas. Hablaba con un cigarrillo apretado entre los labios—. Esta debe de haber sido la columna de humo que vieron nuestros exploradores. El resto de la ciudad parece intacto.

Tamas miró a su guardaespaldas haciendo una mueca.

—Esta catedral tenía trescientos años de antigüedad. Tardaron sesenta años en construirla. Me niego a sentirme aliviado por que

los malditos brudanos hayan invadido Adopest solo para destruir la catedral.

—Tuvieron la oportunidad de arrasar con la ciudad completa. No lo hicieron. Me parece algo afortunado, señor.

Olem tenía razón, por supuesto. Habían cabalgado a toda velocidad durante dos semanas, adelantados peligrosamente respecto de la Séptima y Novena Brigadas y de sus nuevos aliados delivíes, con el objetivo de averiguar qué destino había sufrido la ciudad. Tamas se había sentido aliviado al ver Adopest aún en pie.

Pero ahora se encontraba en manos de un ejército brudano y él se veía obligado a escabullirse en su propia ciudad. No había palabras para describir la furia que sentía.

Se tragó esa rabia e intentó controlarse. Habían llegado a las lindes de la ciudad hacía tan solo unas horas y se habían escabullido bajo el amparo de la oscuridad. Tenía que organizarse, buscar a sus aliados, rastrear a sus enemigos y averiguar cómo una ciudad completa había caído en manos brudanas sin el menor indicio de que hubiera habido un conflicto. ¡Por el abismo! ¡Brudania quedaba a casi mil trescientos kilómetros de distancia!

¿Acaso lo había traicionado algún otro miembro de su junta?

—Señor —dijo Vlora señalando hacia el sur. Se encontraba por encima de ellos, de pie sobre un contrafuerte, observando el río Ad y el sector viejo de la ciudad más allá del río. Al igual que Tamas y Olem, llevaba un abrigo largo para ocultar su uniforme adrano, y tenía el cabello oscuro recogido debajo de un sombrero tricornio—. Una patrulla brudana. Cuentan con un Privilegiado.

Tamas observó los escombros y, considerando la disposición de la calle hacia el sur, comenzó a formular un plan para emboscar a la patrulla brudana. Se obligó a sí mismo a interrumpir esa línea de pensamiento. No podía arriesgarse a entrar en un conflicto abierto. No sin contar con más hombres. Solo había traído a Vlora y a Olem, y si bien ellos podrían con una sola patrulla brudana, los disparos atraerían a otras como moscas a un tarro de miel.

—Necesitamos soldados —dijo Tamas.

Olem tiró la ceniza del cigarrillo sobre las ruinas del altar de la catedral.

—Puedo intentar localizar al sargento Oldrich. Tiene a quince de mis rifles bajo su mando.

—Eso sería un primer paso —dijo Tamas.

—Creo que deberíamos contactar a Ricard —dijo Vlora—. Averiguar qué le sucedió a la ciudad. Seguramente tendrá hombres que podamos usar.

Tamas respondió al consejo asintiendo con la cabeza.

—A su debido tiempo. Abismos. Debería haber traído a toda la camarilla de la pólvora. Quiero contar con más hombres antes de ir a ver a Ricard.

“No sé si no nos habrá traicionado”.

Tamas había dejado el cuerpo inconsciente de Taniel al cuidado de Ricard. Si alguien le había hecho daño a su muchacho, Tamas...

Tragó bilis e intentó controlar su corazón palpitante.

—¿Los reclutas de Sabon? —preguntó Olem.

Antes de su muerte, a Sabon se le había asignado la tarea de establecer una escuela para magos de la pólvora al norte de la ciudad. Los primeros informes decían que tenía más de veinte hombres y mujeres con algo de talento y que ya les estaba enseñando a disparar, a luchar y a controlar sus poderes.

Solo habían tenido unos meses de entrenamiento. Tendría que ser suficiente.

—Los reclutas —coincidió Tamas—. Como mínimo, podríamos ir a buscar a Telavere antes de ir a ver a Ricard.

Cruzaron el río Ad a la luz del fresco amanecer, mientras las calles comenzaban a llenarse de gente. Tamas notó que, si bien las patrullas brudanas eran frecuentes y los guardias de las calles eran abundantes, no molestaban a los ciudadanos. Nadie lo interrogó, ni a él ni a sus acompañantes, ni cuando cruzaron las puertas del oeste de la ciudad vieja, ni al salir de Adopest en dirección al sector suburbano del norte.

Tamas vio unos barcos brudanos en el puerto, junto al río, y divisó sus altos mástiles en la bahía, hacia el sur. Supuso con ironía que el canal de montaña que el sindicato de Ricard había estado construyendo debía de haber sido un éxito. Era la única manera de que unos transatlántico de ese tamaño hubieran podido llegar al mar Ad.

Tamas perdió la cuenta del número de iglesias y monasterios en ruinas. Parecía como si una de cada dos manzanas tuviera una pila de escombros donde alguna vez había habido una iglesia. No pudo evitar preguntarse qué les había sucedido a los sacerdotes y sacerdotisas que habían trabajado en ellas y por qué ellos en particular habían sido el blanco de los Privilegiados brudanos.

Era algo que tendría que preguntarle a Ricard.

Caminaron una hora con rumbo norte, hacia el lugar donde se encontraba la escuela a orillas del río Ad. Era un viejo edificio de ladrillos, una fábrica de ropa desmantelada con un terreno a un lado que había sido transformado en un campo de tiro. Al salir del camino, Vlora se aferró al brazo de Tamas. Él percibió su pánico.

A Tamas se le tensó el pecho.

Las ventanas del dormitorio que había sobre la escuela tenían los postigos cerrados y la puerta principal colgaba de los goznes. Un cartel de madera adornado con el barril de pólvora de plata de los magos de la pólvora había sido arrancado de su lugar habitual, encima de la puerta, y yacía roto en el lodo. Los terrenos que rodeaban la escuela y el campo de tiro estaban vacíos y abandonados; la maleza había crecido.

—Vlora —dijo Tamas—, ve por el lado sur, junto al río. Olem, ve por el lado norte.

Ambos se alejaron con un “sí, señor” y sin hacer preguntas. Vlora se quitó el sombrero y atravesó la maleza, mientras que Olem continuó por el camino hasta sobrepasar la escuela, con paso despreocupado, y atravesó el campo de tiro para acercarse a ella desde la colina de atrás.

Tamas esperó que estuvieran en posición y luego continuó caminando en dirección a la escuela. Abrió el tercer ojo para mirar hacia el Otro Lado en busca de cualquier indicio de hechicería, pero no detectó nada acerca del contenido del edificio. Si había alguien esperando dentro, no era ni Privilegiado ni Dotado.

Tampoco llegaba a percibir a ningún mago de la pólvora. ¿Por qué estaba vacía la escuela? Telavere había quedado al mando. Se trataba de una maga de la pólvora de muy poco poder, pero con una gran destreza técnica; la persona perfecta para enseñarles a los reclutas.

¿Acaso los había hecho ocultarse cuando llegaron los brudanos?  
¿Habían sido atacados?

Al acercarse al edificio, Tamas desenfundó sus pistolas e hizo una pausa solo para espolvorearse un poco de pólvora sobre la lengua. El trance de pólvora le recorrió el cuerpo, y su vista, su oído y su olfato se agudizaron; el dolor causado por el viaje se desvaneció detrás de una cortina de fuerza.

A los oídos le llegó un sonido bajo, casi sobrepasado por el fluir suave del río Ad. No lograba identificarlo del todo, pero sí reconoció el hedor que le llenó las fosas nasales. Olía a hierro y a putrefacción. A sangre.

Tamas miró por la ventana delantera de la escuela. El brillo del sol matutino le impidió ver a través de la oscuridad que había en el interior. El sonido bajo ahora parecía un rugido para su oído mejorado por el trance. El aroma a muerte lo llenó de pavor.

Arrancó la puerta de los goznes de una patada y se lanzó hacia el interior con ambas pistolas listas. Se quedó paralizado en la entrada, con los ojos adaptándose a la penumbra.

La precaución no fue necesaria. No había nadie en el vestíbulo, y el silencio se extendía por todo el lugar, salvo por el zumbido de lo que él ahora veía que eran miles de moscas. Zumbaban y se revolaban en el aire, revoloteando contra los cristales de las ventanas.

Tamas se metió ambas pistolas en el cinturón para poder atarse un pañuelo sobre la boca y la nariz. A pesar de las moscas y del mal olor, no había cuerpos en la entrada. El único indicio de violencia eran las manchas rojizas en el suelo y las salpicaduras de las paredes. Allí habían muerto hombres y alguien se había llevado los cuerpos a rastras.

Tamas siguió el reguero de sangre desde la entrada y fue adentrándose cada vez más en el viejo edificio, con una pistola lista para disparar.

La planta de la fábrica era un salón inmenso que alguna vez había albergado, sin duda, decenas de mesas largas donde cientos de costureras trabajaban en su costura. Ahora estaba vacío; solo había algunos escritorios colocados a un lado. Allí había menos moscas, salvo por aquellas que revoloteaban alrededor de las manchas y charcos rojizos que marcaban el lugar donde alguien había muerto.

Los manchones continuaban todo a lo largo del suelo de la fábrica y salían por la puerta de un rincón trasero.

Tamas oyó un sonido y se volvió levantando la pistola. Solo se trataba de Vlora descendiendo desde la habitación del primer piso. Vio que también había bastante sangre en las escaleras.

—¿Qué has encontrado? —le preguntó. Su voz resonó de manera siniestra en el enorme salón.

—Moscas. —Vlora escupió en el suelo—. Moscas, y en la parte trasera de la escuela falta media pared. Hay unas cuantas marcas de quemaduras. Alguien detonó al menos dos cuernos de pólvora allí arriba. —Maldijo en voz baja, la única grieta que sufrió su porte profesional.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Tamas.

—No lo sé, señor.

—¿No hay cuerpos?

—Ninguno.

Tamas apretó los dientes, frustrado. Había mucha sangre, eso era lo que atraía a las moscas, y bastantes restos. Decenas de personas habían muerto en aquel edificio, y no hacía tanto tiempo.

—Se llevaron los cuerpos a rastras por la parte trasera —dijo Olem. Su voz resonó por el enorme salón mientras él entraba por una pequeña puerta que había en la pared más lejana. Cuando Tamas y Vlora llegaron hasta él, Olem les señaló el suelo donde las líneas rojizas se superponían unas sobre otras hasta llegar a la salida y desaparecían por la maleza que había entre la escuela y el río Ad—. Quienquiera que haya hecho esto limpió todo antes de irse. No querían que los cadáveres contaran ninguna historia.

—La historia se cuenta sola —estalló Tamas, y volvió a entrar al edificio dando grandes zancadas. Fue hasta el frente de la escuela dispersando moscas a su paso—. Entraron por la puerta delantera. —Señaló unas salpicaduras de sangre y unos agujeros de bala de la pared—. Superaron a quienes estaban de guardia y tomaron la planta de la fábrica. Nuestros magos dieron su última batalla en el primer piso, utilizando toda la pólvora que tenían a su disposición...

Se le quebró la voz. Aquellos hombres y mujeres eran su responsabilidad. Eran sus magos más nuevos. Algunos eran granjeros, dos

eran pasteleros. Una había sido bibliotecaria. No estaban entrenados para el combate. Habían sido masacrados como ovejas.

Solo podía rezar por que hubieran podido llevarse consigo algunos enemigos.

—La muerte es una pintora sanguinaria y este es su lienzo —dijo Olem en voz baja.

Encendió un cigarrillo e inhaló profundamente, después lanzó el humo contra la pared y observó a las moscas dispersándose.

—Señor —dijo Vlorá mientras pasaba por delante de Tamas y levantaba algo del suelo. Le entregó un trozo de cuero redondo con un agujero en el medio—. Parece que estaba detrás de la puerta. La persona que limpió el lugar debe de haberlo pasado por alto. ¿Sabéis qué es?

Tamas escupió para deshacerse del sabor a bilis que de pronto sintió en la boca.

—Es una junta de cuero. Debes llevar algunas de repuesto cuando disparas rifles de aire. Debe de haberse caído de algún equipo.

Rifles de aire. Un arma usada específicamente para matar magos de la pólvora. Habían ido preparados.

Tamas tiró la junta al suelo y se metió la pistola en el cinturón.

—Olem, ¿quiénes sabían dónde estaba la escuela?

—¿Además de la camarilla de la pólvora? —Olem hizo girar el cigarrillo entre los dedos mientras pensaba—. No era algo guardado demasiado en secreto. Pusieron un cartel, después de todo.

—¿Quiénes lo sabían de primera mano? —preguntó Tamas.

—Algunos miembros del Estado Mayor y Ricard Tumblar.

El Estado Mayor estaba compuesto por hombres y mujeres que habían estado con él durante décadas. Tamas confiaba en ellos. Tenía que confiar en ellos.

—Quiero respuestas, incluso si alguien tiene que sangrar para proveerlas. Búsquenme a Ricard Tumblar.